

*In-sistencia: ser, deber y saber**

R.P. Ismael Quiles, S.J.

En nuestra investigación filosófica sobre la esencia del hombre hemos tratado de descubrir y precisar el centro más íntimo del ser del hombre, el **arché** o principio más originario y radical de todas las características que constituyen al hombre como tal, y lo distinguen de los demás seres que lo rodean en el universo.

Esa esencia la hemos encontrado mirando a la experiencia interior que el hombre tiene de sí mismo, en su carácter propio y exclusivo de ser-en-sí, que está o "es"-en-sí. Esta realidad propia del ser humano la hemos llamado **in-sistencia**. Hemos comprobado que el hombre es-en-sí, o in-sis-tencia, por su ser y por su conocer; por eso hemos hablado de in-sistencia óptica e in-sistencia lógica. El hombre es-en-sí por su "ser" (in-sistencia óptica), y por su conocerse a sí mismo (in-sistencia lógica o autoconocimiento¹).

Pero este "ser en sí" o "in-sistencia" que, en efecto, es una verdadera subjetividad óptica y lógica, no hace del hombre un ser y una conciencia inco-municados. Por el contrario, hemos visto también que esa experiencia no es cerrada sobre sí misma en una pura subjetividad o soledad interior, sino que es abierta y que se nos muestra en contacto con seres materiales, con otros centros interiores y con un centro supremo, el Absoluto personal o Dios. En una palabra, en la experiencia in-sistencial integral se realiza el encuentro del hombre consigo mismo, el encuentro del hombre con el mundo material, con el prójimo y con Dios. Podemos decir que la experiencia in-sistencial es, a la vez, experiencia de sí (individual), del mundo (cósmica), del prójimo (social) y de Dios (religiosa). Tales son los elementos concretos que aparecen en la experiencia íntima del ser del hombre.

Pero hay todavía un elemento valioso que parece unir, en su conjunto, la experiencia del ser individual con los demás elementos que la integran: es una especie de "relación vivida" del sí individual, con el mundo material, con el prójimo y con el Absoluto mismo. Esta "relación vivida" es necesariamente experimentada como algo "constitutivo" y, por ende, inevitable, de la realidad misma del hombre.

* *Signos Universitarios*, Año I/Nº 2, 1979.

1. Para una información sobre filosofía in-sistencial, remitimos a los lectores a nuestras obras: **Más allá del Existencialismo, Tres lecciones de Metafísica In-sistencial, y La Esencia del Hombre**. Han sido publicadas en un sólo volumen con el título: **Antropología Filosófica In-sistencial**. Ed. Depalma. Bs. As. 1978.

En efecto, descubrimos en esta “relación vivida” tres aspectos que subyacen como la “trama profunda” de nuestro ser, trama en la cual se descubre y cumple su realidad última: es la experiencia del fondo último de lo real, el Ser; del fondo último del dinamismo cognoscitivo, el Saber. Son los tres aspectos fundamentales de la realidad simple de nuestro ser, que se nos revelan en la misma y única experiencia in-sistencial de nuestra realidad individual: el **óntico**, el **ético** y el **gnoseológico**. En cada uno de ellos, curiosamente nuestra in-sistencia individual se trasciende y se cumple a la vez.

Vamos a referirnos brevemente a ellos.

La Experiencia del Ser

A veces, a Dios, el Absoluto, se lo llama el “Ser” porque es ser por excelencia, porque es una Realidad Absoluta e Infinita, fuente de toda otra realidad. No es este el sentido en que vamos a hablar aquí del Ser. Es otro “ser” el que buscamos y el que vamos a tratar de analizar.²

Por “ser” se entiende ahora, y, según creemos, es la más seria tradición filosófica, “aquello por lo cual los entes son tales”. Aclaremos estas expresiones. “Ente” es cada uno de los objetos que nos rodean en el universo. Los entes son “distintos” de los otros: yo soy ente distinto de Juan, de Pedro, de Luis, etc. Por otra parte, todos los entes tiene algo de “común” por muy “distintos” que sean. Lo “común” en ellos es que todos son objeto de nuestro conocimiento; y lo son porque “están ahí” frente a nosotros; el “estar ahí” se opone a “no estar en ninguna parte”, y por tanto, simplemente, no estar, no “ser”. Lo que “esta ahí” o en alguna parte, es siempre algo, no es nada, y es lo que llamamos “real”.

En este sentido, “ser” es aquello por lo que algo es “real” y se diferencia de todo lo “no real” o la “nada”. Y es aquello que está en todos los entes, por lo cual son reales, o simplemente “son”. Así, atendiendo a nuestra experiencia de nuestro ser y de los que nos rodean, vemos que todos coincidimos en algo que es común y lo mismo en cada uno y, por lo cual, somos ser y no nada: ese “algo” en que coincidimos es precisamente lo que nos da el estatuto de seres “reales” por lo cual “somos” o “existimos”. Esto es lo que los filósofos llaman “el ser en cuanto ser”: cuando en cada ente distinto contemplamos el aspecto por el cual es lo mismo que otro ser, nos referimos

2. Sobre la in-sistencia como la experiencia del ser o experiencia metafísica pueden verse mayores precisiones en nuestro estudio *Tres lecciones de Metafísica In-sistencial*, en particular los dos últimos capítulos: “Analítica de nuestra experiencia del ser” y “Analítica del ser en cuanto ser” Págs. 273-306. En el volumen *Antropología filosófica in-sistencial*, Ed. citada.

al “ser” como la realidad común de la cual todos participamos, a pesar de nuestra distinción individual.

Ahora bien, el ser de que todos participamos tiene dos características fundamentales: a) es la base de todo lo demás en nosotros, porque sin ella somos nada y ninguna otra propiedad nuestra puede ser real; b) es una “realidad”, que está ahí ante nosotros y en nosotros, como algo independiente de nosotros, y como el fondo en el cual y según el cual nos desarrollamos. Ir contra el “ser” es ir contra nosotros. Ir contra la “realidad” es ir contra nuestro propio ser. Estar fuera del ser es negarse a sí mismo. De ahí que nuestra primera ley es aceptar el “ser”, como tal, como condición para ser sí mismo. Es al ser, a la Realidad a la que desde nuestro centro interior debemos abrazar; es a ella a la que nuestra experiencia in-sistencial está abierta y es esa nuestra vocación ontológica.

Ahora bien, ese “Ser”, como Realidad que es la base de todos los entes, se nos hace presente y patente en la experiencia in-sistencial.

Parecería que, en una experiencia vivida cual es la in-sistencial, no fuera posible captar el Ser que está en todos los entes y, por tanto, se puede llamar el “Ser Universalísimo”, que expresamos por la expresión más abstracta que hay: el Ser.

De hecho, mi experiencia es individual y limitada a “mi” ser y a los pocos seres que me rodean. Es verdad. Pero tanto en mí como en los seres que me rodean capto esa “Rea-lidad” como base de todos los seres individuales y la distingo de alguna manera, en cada uno, de su individualidad misma. En mí y en los otros entes descubro ese aspecto especial como algo “diferente” de la individualidad misma; eso por lo cual yo soy algo y no nada, y por lo que los demás individuos son a su vez algo y no nada, y que se presenta como “lo mismo” en todos, como su base de consistencia, de Realidad. “Eso” por lo que todos los entes del Universo, que de alguna forma conozco, aparecen entrelazados entre sí, participan de esa realidad, y que vivo en mí y en otros entes y por lo cual, según mi vivencia, todos los seres del cosmos están relacionados por dentro, a pesar de su distinción, en una gran Unidad Cósmica.

La experiencia del Ser es la base de la experiencia interior de nuestra realidad individual (in-sistencial) inserta entre los demás seres individuales del universo. De hecho, a nuestro parecer, eso es lo que los filósofos llaman la “experiencia metafísica” o “experiencia del ser en cuanto ser”.

Esta experiencia del Ser, como la “Realidad”, a la cual me abro desde mi interioridad individual, es fundamento para la realización de mí mismo. En efecto, yo despierto a la auto-conciencia en ese marco del Ser. Siento, desde mi interior, el impulso a ser y crecer en la Realidad, como mi verdadera autorrealización.

En síntesis, por la experiencia in-sistencial, me encuentro inserto en el Ser.

En otras palabras, tengo la “experiencia del Ser”. En ella misma tengo la experiencia de la “Unidad Cómica”, la que me facilita mi ubicación en la vida, en el Universo y, en fin, en esa experiencia interior, siento el impulso de mi individualidad a realizarse en la línea del Ser.

Pero ahora surge un interrogante definitivo acerca de la autorrealización del hombre y de su destino. Siento el impulso a realizarme en el marco de la Realidad, de lo real. Pero ¿debo seguir ese impulso? Y me siento con la capacidad, y a veces la tentación, de negar el Ser y rechazarlo, buscando otra aventura para mi individualidad. ¿Y por qué no ceder a esa tentación? ¿Por qué el **deber** de abrirme al impulso del ser y de ser más?.

La Experiencia del Deber

Sin duda que, de la misma forma en que tengo en mí la experiencia del Ser, llevo también en mí el elemento del Deber.

Es necesario notar, con toda atención, aquel elemento valioso de nuestra experiencia, que hemos señalado al principio: la “relación vivida” del Sí individual con el mundo material, con el prójimo y con el Absoluto. Es una “relación vivida” con el “conjunto de los entes” que están precisamente unidos por el “Ser”.

En efecto, mi relación con el mundo del Ser, por la cual me veo vinculado al mismo, conociéndolo, manejándolo y recibiendo sus influjos, no es “arbitraria”, sino que la encuentro “previamente establecida”, sujeta a determinadas leyes de manejo. Las cosas materiales se me presentan de una manera determinada, que no depende de mí y que, en esencia, no puedo cambiar. Tengo que manejar las cosas materiales del mundo de acuerdo con lo que son de lo contrario no responden a mi deseo. Para usar el ejemplo más simple, no puedo utilizar el agua para quemar, ni el fuego para mojar. Las piedras, las plantas, los animales, los astros están ahí, como son: no puedo hacer de ellos sino lo que la naturaleza y las circunstancias me permiten. Por muy profundos y maravillosos que sean los avances y las transformaciones de la ciencia y la tecnología en el uso de la naturaleza, es sólo un margen insignificante el que el hombre puede modificar, y siempre respetando y aprovechando las mismas leyes de la naturaleza. La naturaleza la transformamos usando las leyes de la naturaleza misma.

Todo esto quiere decir que, al tener conciencia del Cosmos desde nuestra experiencia interior, lo descubrimos sujeto a un “orden” determinado, independiente de nosotros, que debemos aceptar para movernos dentro del mismo. La experiencia de este “orden”, “ya hecho”, revela la obligación de respetarlo, es decir, una especie de deber mío, frente al mundo natural, de manejarlo según sus propias leyes.

La experiencia de un orden preestablecido, que debo acatar, es todavía mas evidente cuando se trata de nuestro descubrimiento de un “orden social” de relaciones frente a los otros centros inferiores o personas humanas que me rodean. Claramente veo que tengo que tratarlos como tales o, de lo contrario, son inútiles mis esfuerzos por vincularme con ellos. Por otra parte, desde mi interior, siento la necesidad óptica de esta vinculación. Es decir, hay un **orden de relaciones humanas**, que me viene dado por la naturaleza misma, que yo no creo, sino que descubro, y que siento la obligación de asumir.

Lo curioso es que esta obligación no es tan sólo de sentido utilitario, sino mas profundo. No sólo porque el mal manejo de los otros me sea útil o inútil, sino que la simple falta de consideración a su manera de ser me causa una inevitable falla interior, que me hace sentir mal. En otros términos, el orden de trato con el prójimo, establecido por la naturaleza, tengo que respetarlo, si quiero, en la relación con los otros, construirme a mí mismo, realizarme yo mismo. Es un deber que tengo que cumplir, si quiero realizarme a mí mismo.

Igual sucede, aunque en grado muy superior, en nuestra relación con el Absoluto. También se nos presenta como una Realidad, con su determinada manera de ser de Principio Supremo y Fundamento Ultimo de todas las demás realidades. Nuestra primera relación es la de reconocerlo como tal, y tomar conciencia de nuestra situación de dependencia en el orden del Ser. Pero, además, su misma esencia de Principio y Fundamento Ultimo, nos lo presenta como el Autor y Señor de este orden de los seres, de este orden y leyes de la naturaleza, de este orden de relaciones humanas, que se nos ofrece como marco de referencia que debemos respetar para realizarnos nosotros mismos. Yo siento en mi interior, como un mandato íntimo de Dios, la orden de realizarme a mí mismo. En otras palabras, en la experiencia in-sistencial siento la conciencia “del deber” de respetar el orden establecido para los seres, junto con el de realizarme a mí mismo. Esta es la conciencia del “deber moral” fundamental: admitir o no admitir ese orden de los seres establecidos por Dios, condicionado a mi realización o mi negación a ser o no ser yo mismo.

Reiteremos que esta experiencia es **inevitable**. Forma parte de una experiencia interior (in-sistencial), que es un acto único, en el cual todos estos elementos se funden en una vivencia única. Pero, repetimos, es inevitable; la sentimos siempre. El hombre, justamente por ser in-sistencia imperfecta, que desde sí debe actuar, es libre de aceptar o rechazar este orden cósmico que se le impone como obligación moral; puede negar su deber moral; pero con dos graves consecuencias: primera, que al desconocer ese orden cósmico, y en el grado en que lo desconoce, se niega a sí mismo y deja de realizarse; segunda, que, aunque desconozca el deber moral, la experiencia interior sigue siendo la misma, y vuelve a resonar la voz de la conciencia, recordando el orden moral establecido por la naturaleza y fundado en Dios. Por eso el “escepticismo

moral", (que niega o desconoce la existencia de un orden moral determinado), es una "actitud precaria" en el hombre, es decir, débil en su base; porque está sujeta al impacto de la experiencia interior moral, que le exige la revisión de su actitud desconectada de la realidad.³

En conclusión, podemos decir que la experiencia in-sistencial no sólo nos revela la esencia del hombre y de su verdadero encuentro en el mundo, el prójimo y Dios, sino que también el descubrimiento primero del **deber moral**.

La Experiencia del Saber

Si en la in-sistencia hemos hallado la experiencia originaria del Ser y del Deber, es porque encontramos en ella también la experiencia del **Saber**; no sólo como primer acto de autoconciencia, sino porque, a la vez, al "conocernos" relacionamos con el Todo, lo conocemos de alguna manera todo. En efecto, todos los múltiples conocimientos humanos, todas las disciplinas y ciencias teóricas y prácticas, no son, en el fondo, más que un esfuerzo de explicitación, aclaración y comprensión de la experiencia fundamental y única, permanente, y siempre la misma, del hombre, tal cual es descrito en la in-sistencia. Todos mis conocimientos tienden a aclararme la Realidad total, **mi experiencia de "ser-en-sí" y mi relación con el mundo material, con los prójimos y con Dios, es decir, con el mundo visible y con el trascendente**.

El antiguo precepto "conócete a ti mismo", no sólo era un primer precepto, como condición para saberse conducir, sino que incluía, también por necesidad, todo el conocimiento, lo que está relacionado con el sí mismo, que es toda la red de posibles relaciones. El hombre, cada hombre, está relacionado con todo el universo material y espiritual, mundanal y trascendental.

Ello significa, para mí, que **todas** las disciplinas que he debido estudiar se reducen a **una sola**, y todos los saberes a un **solo saber**: tomar conciencia de mí mismo, de mi-ser-en-sí, y de mi ubicación en el universo. En el fondo,

3. Por eso toda invocación filosófica o racional del orden moral, de respeto al Bien, a la Verdad y al Ser, tiene sin duda un valor y una base, en cuanto responde a las exigencias y experiencias del ser humano; pero se queda en un primer nivel, por así decirlo, de nuestra experiencia y razón. (Nosotros diríamos que es el primer nivel de nuestra experiencia in-sistencial). Pero para el hombre, que es un ser libre, que actúa desde su interioridad o in-sistencia, mientras no aparezca el primer apoyo del orden moral en su primer origen óntico y ético, que es Dios, falla la base última para sentirse "ligado" de veras y plenamente al orden del ser.

Es notorio el recurso de Kant a un imperativo de la razón práctica, para admitir la existencia de Dios, cuando no supo llegar por la razón teórica al fundamento último del orden moral. Con mayor realismo hubiera procedido todavía si hubiera visto que, tanto la teoría pura como la experiencia vivida, descubren a Dios como base del orden óntico y ético.

todos mis diversos co-nocimientos se integran en este solo conocimiento: la experiencia de mí mismo, situado en el universo.

Ese mismo y único conocimiento se va aclarando más y más a medida que tenemos mayor conciencia de nuestro ser y de nuestra circunstancia. La física y las matemáticas tienden a aclararme mi realidad corporal y los principios de los cuerpos entre los que mi cuerpo se mueve, según “mi experiencia” de mí y del mundo. Me aclaran esa experiencia o “saber vivido” que forma parte de mi ser y de mi vida. Las ciencias químicas y biológicas me explican también aspectos de esa mi experiencia, de mi ser y de mi vida. Las ciencias aplicadas, desde la medicina a las diversas ramas de la ingeniería, me ayudan a conocer la realidad de mi cuerpo y de la materia, a conducirla y a aprovecharla para mi mejor ser corporal y espiritual. Las ciencias psicológicas y sociales tratan de expresar mi experiencia in-sistencial en sí misma y en relación con el prójimo. La ciencia histórica busca comprender mi experiencia de la temporalidad. Las ciencias estéticas, mis reacciones de placer ante las expresiones de belleza natural y artística. La filosofía debe clarificar el fondo último de mi ser y de mi situación en el cosmos. La teología analiza el aspecto de mi experiencia que me vincula a una Realidad Trascendente.

De esta manera, todas las ciencias pueden considerarse “una sola ciencia”. No es extraño que, a medida que el sabio es más sabio, tenga más conciencia de la **unidad del saber humano** y que los científicos y filósofos nos hablen de la unidad cósmica y de la necesidad de llegar a esa visión superior o “conciencia de la unidad cósmica”⁴. En realidad, esto no es más que la comprobación de que yo emergo a la conciencia de mí mismo, es decir, de mi ser-en-sí o

4. La experiencia de la “Unidad Cósmica” ha sido siempre vivida y confesada por los místicos de todos los tiempos en las grandes religiones. Es que la “unión” con Dios les abría el panorama de todo el universo dependiente de Dios y en el cual resplandece su divina presencia. Ver, por ejemplo, sobre el bautismo japonés del Zen, las experiencias de los místicos de la Edad Media, descriptos por H. Dumoulin, **Zen, Geschichte und Gestalt**. Franke Bern - pags. 258 y sigs. 277 y sigs. Tanto en el Budismo como en el Hinduismo esta experiencia de la unidad del cosmos ha llevado a concepciones panteístas. Pero la Unidad Cósmica no consiste precisamente en la identidad del Cosmos con Dios, sino en una relación armónica de todos los seres del universo entre sí y de éste con Dios. Así han expresado esta experiencia muchos místicos, en particular los cristianos, como San Francisco de Asís o Santa Teresa de Jesús, por citar sólo dos ejemplos eminentes. Pero no sólo los místicos, sino también los científicos han ido confirmando esta visión de la Unidad Cósmica, a medida que la ciencia ha ensanchado sus horizontes. P. Teilhard de Chardin ha tratado de demostrar esa Unidad del Cosmos sobre bases científicas en todos sus escritos, en especial en su obra **El Fenómeno Humano**, Taururs, Madrid, 1963. Un profundo sentido coincidente de la Unidad Cósmica aparece en el pensador hindú Sri Aurobindo. Este aspecto lo hace resaltar R. C. Zachner en su documento estudio **Evolution in Religion** (A Study in Sri Aurobindo and Pierre Teilhard de Chardin), Clarendon, Oxford, 1971; y tratamos también el tema en nuestra obra, **El hombre y la evolución, según Aurobindo y Teilhard**, Depalma Bs. As., 1976.

in-sistencia, en un “cosmos” o “mundo ordenado” en el que me inserto, y con el cual me relaciono desde mi in-sistencia. Desde ésta capto en “un solo horizonte”, mi horizonte, que es mi experiencia, toda la multiplicidad de ser y de relaciones que en una y otra forma tienen que ver conmigo: actúan sobre mí, son, como yo, materia, vida y espíritu. Conocerlos es conocerme y su sentido es mi sentido y su destino es mi destino: ser, cada uno a su manera, y según sus talentos, más imagen del Ser Absoluto.

El Principio metafísico Orientador del Proceso de la Educación

Una vez que hemos precisado la esencia del hombre, tal como se nos da su experiencia más íntima y auténtica, y comprobado que en ella tenemos la experiencia originaria del Ser, del Deber y del Saber, deseamos adelantar la perspectiva panorámica que nos abre para una concepción del complejo y múltiple proceso de la educación humana. Es lo que nosotros llamamos “el principio metafísico orientador de la educación” y que, a nuestro parecer, no es otro que la “in-sistencia”. Cuando hablamos de este principio metafísico orientador de la educación, lo hacemos en un doble aspecto: **óntico** y **lógico**:

a) Ontico, o en el orden del ser: porque apuntamos a aquella “realidad”, “ser” u “ontos” del hombre en el que se funden todas las demás realidades del hombre mismo: facultades, propiedades, vivencias, que hacen posible el proceso de la educación humana.

b) Lógico, o en el orden del saber: porque tanto el filósofo de la educación, como el educador mismo, le sirven de clave para orientarse en su conocimiento teórico y en sus aplicaciones prácticas. Es, por eso, el “primer principio”, capaz de iluminar todos los problemas de la compleja realidad educativa.

Ese principio, repetimos, es para nosotros la in-sistencia, en cuanto es la experiencia originaria del hombre que en un **mismo acto de experiencia** toma conciencia de sí, del cosmos, del prójimo y de Dios: todos vividos dentro de “un” orden universal del Ser o de la Realidad. Todo el proceso de la educación debe tomar nota de esta “experiencia originaria” en que se manifiesta la esencia del hombre, y tratar de dirigir y adecuar todo el proceso de la educación a las exigencias íntimas del ser del hombre, manifestadas en esta experiencia.

Es natural que así sea, porque esa experiencia refleja el ser esencial y las relaciones fundamentales del hombre: su ser en sí y su relación con el cosmos material, con el prójimo y con Dios. Tomar plena conciencia de esa experiencia; interpretarla auténticamente, atentos a las exigencias íntimas de nuestro ser que ella nos revela; colaborar en el desarrollo de tales procesos; orientar al educando siempre en esa dirección ontológica de nuestro ser-en-sí; y vigilar para que el aspecto precario de nuestra in-sistencia no deje surgir y prolife-

rar decisiones y hábitos contrarios al ser-en sí del hombre, porque anulan su autoconciencia y su autocontrol; reprimir esas expresiones negativas del ser en sí, pero de modo que no se anule el mismo ser-en-sí del educando: he ahí la función del educador, centrada siempre, y en cada uno de esos diversos enfoques, en una realidad y una experiencia única. Porque tal es la que el hombre tiene de sí y de su circunstancia y el modo de crecer en la dirección de su propio ser (ser más) dentro de su circunstancia total.

En ese sentido, una sola es la misión del educador y siempre la misma. Con esta intuición de la esencia del hombre y de su ubicación en el Universo siempre a la vista, el educador tiene **un único punto de referencia, que a la vez le abarca todo**. No ha de dispersarse en las diversas facetas de la educación como aspectos desconexos, que hacen imposible una orientación y síntesis precisa. Todo es uno y lo mismo en el proceso polifacético de la educación, lo cual nos ayuda a situar en su verdadera perspectiva, cada uno de los aspectos y situaciones que van apareciendo ante el educador en orden al educando.

Las consecuencias de esta referencia al ser unitario del proceso de la educación que nos da la in-sistencia, son múltiples y valiosas. La actitud del educador será mucho más “serena y precisa”, por no estar “perdida”, como sucede con frecuencia, en la pluralidad y diversidad desorientadora de los infinitos elementos del mundo de la educación. Su esfuerzo se tornará más racional, más efectiva, y, en consecuencia, agradable, sintiendo la satisfacción de ver realizada su vocación de educador. Al educando hay que ayudarle a que tome conciencia de este principio originario de toda su formación, que es su esencia de ser-en-sí, abierto a su circunstancia de ser en el mundo, con el prójimo y con Dios.

Ahí está su **ser** y su **razón** de ser y su **modo** auténtico de ser. El educando tampoco se perderá en las mil indicaciones y exigencias de sus formadores, padres, maestros, directores. Todo nace de su ser y todo se reduce a ese ser y situación. A ser más sí mismo en su circunstancia esencial.

Hay un aspecto de la educación que debe ser, en particular iluminado por ese principio metafísico unitario de la educación: el **Saber**, como conjunto de conocimientos humanos. El maestro y el alumno se pierden con frecuencia en una multiplicidad de materias, que cada vez va creciendo con el progreso de las ciencias. Las enciclopedias van aumentando más y más sus páginas con nuevos temas. Los planes de estudio y los programas tienen que cubrir mayor número de conocimientos, que surgen en todo el campo del saber humano, desde la religión, la filosofía y la literatura, hasta las nuevas conquistas de las ciencias positivas: una explosión abrumadora de conocimientos aturden al limitado individuo humano y desorientan al educador y al educando.

Al educando, desde el jardín de infantes hasta la universidad, y aun en el resto de su vida, hay que tratar de presentarle esta **visión unitaria de las diversas materias**, en la forma en que vaya siendo capaz de captarla, para integrar la multiplicidad de materias en lo que en realidad son: aspectos de un saber, aclaración de una y de la misma experiencia humana, “su” experiencia humana, ya que él mismo es el primero en deber estar interesado por aclararse a sí mismo.

Ahora se verá por qué el “sistema enciclopédico” es apto más para crear un caos en la mente y en la conducta que para aclarar al educando su posición en el universo. Pues desconoce la relación unitaria de los conocimientos y la experiencia humana, y desconecta la educación de su centro de unidad, que es la experiencia de la esencia del hombre y de su ubicación en la vida. Por eso creemos que el plan de estudios debería, ante todo, ir manteniendo al niño, desde los primeros años, en relación de lo que va aprendiendo con su propia experiencia, que es la que se trata de aclarar. Y que tal plan debería tener pocas materias, las esenciales, en orden a aclarar la experiencia humana (in-sistencia) del niño y de su posición en el universo, haciéndolo tomar conciencia permanente de esa experiencia y su sentido. **Las materias fundamentales** deben ser casi las mismas desde la primaria hasta el fin de la secundaria, aclarando cada vez en mayor profundidad y avanzando cíclicamente el horizonte de su “real experiencia humana”, para ayudarle al educando a ubicarse en sí y ante el mundo: la materia, la vida, el espíritu y lo trascendente. Son todas las realidades en que el niño se encuentra sumergido y de las que toma conciencia desde sí y en relación consigo mismo. Todas las materias y cada una de ellas, irían a integrarse, en todos sus niveles, en este **horizonte único del saber humano**, que nos descubre y fundamenta el que hemos llamado “principio metafísico orientador de la educación”⁵.

R. P. Dr. Ismael Quiles S.J.

El R. P. Ismael Quiles S.J. nació en Pedralba (Valencia, España) el 4 de julio de 1906. Estudió humanidades en el Seminario de Valencia entre 1918 y 1922. Ingresó en la Compañía de Jesús el 10 de junio de 1922. Hizo sus estudios y recibió el doctorado en Filosofía en el año 1930 en el Colegio Máximo de San Ignacio (Barcelona, España).

Reside en la Argentina desde el 4 de marzo de 1932. Estudió Filosofía en la Facultad de Filosofía de San Miguel, y allí inició su carrera docente

5. Este trabajo forma parte de un libro en preparación: “Filosofía de la educación personalista”. Por eso concluimos con esta aplicación a los temas de la educación.

como Profesor de Historia de la Filosofía y de Metafísica en 1938. Decano de esa Facultad y de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Salvador en Buenos Aires.

Fue Vice-Rector de esta Universidad, desde 1956 a 1962, y volvió a ocupar dicho cargo en 1965. Fue Rector desde Octubre de 1966 hasta noviembre de 1970. En esta fecha fue designado Rector de la Comunidad del Salvador y Pro-Rector de la Universidad hasta 1972.

Actualmente es Director de la Escuela de Estudios Orientales de nuestra Universidad.

2. Actividad Filosófica

Su fecunda labor filosófica se ha concentrado principalmente en la investigación de la realidad humana y de sus problemas, dedicando particular cuidado a auscultar las inquietudes del hombre contemporáneo. Partiendo de la base de la filosofía escolástica, pero en diálogo con la filosofía y el hombre de hoy, ha llegado a una síntesis metafísica propia, que ha denominado Filosofía In-sistencial. Con ella quiere retomar la especulación filosófica en el orden más íntimo de la experiencia humana. La "In-sistencia", es decir, el "ser en sí", la plena interioridad, es la base de la primacía de la persona y de la libertad y de su inserción auténtica en la comunidad.

Esta concepción filosófica la ha confirmado posteriormente con el estudio de las culturas del Oriente, particularmente las filosofías y religiones orientales, tratando así de integrar la antropología metafísica occidental y oriental.

3. Conferencias

Como conferencista ha realizado una labor intensa no sólo en las universidades de las principales capitales de América Latina, sino también en varias Universidades de Estados Unidos y de Europa. Con motivo de su viaje por Oriente, cumplió un vasto plan de conferencias en las cuales expuso la realidad del hombre, desde el punto de vista in-sistencial, en varias Universidades del Japón, India, China Nacionalista, Filipinas e Indonesia.

4. Actuación internacional

He aquí algunas referencias sobre su actuación en el plano de la cultura internacional:

1950-51 y 1965: Profesor invitado en la Universidad de Georgetown (Washington, D. C., U.S.A.).

1952: Organiza la Exposición Bibliográfica Internacional de la Filosofía del Siglo XX (Buenos Aires, Argentina).

1960-61: Participa en el "Proyecto Mayor-Oriente-Occidente" de la UNESCO, visitando varias Universidades de Japón, China (Taipei), Filipinas, Indonesia e India.

1962: Delegado del Gobierno Argentino a la XII Conferencia General de la UNESCO (París). Participación en la I y II Coloquio Interamericano de Intelectuales organizado por la Fundación Interamericana para las Artes (Nassau, Bahamas, 1962; y Puerto Rico, 1963).

1963: Misión Oficial del Gobierno Argentino para estudiar el sistema educativo de la Unión Soviética, Polonia y Checoslovaquia.

1965: Misión de la Comisión Nacional de la UNESCO en varios países hispanoamericanos para preparar el Coloquio Internacional sobre los Estudios Orientales en las Universidades de América Latina.

1966: Es nombrado Presidente de dicho coloquio que se celebró en Mar del Plata.

1968: Organiza y preside la Primera Reunión del Comité Coordinador Inter- universitario para América Latina y es nombrado Secretario Ejecutivo de dicho comité hasta 1976.

1977: Participó en el "Coloquio de las Culturas" organizado por la UNESCO en San Isidro, Buenos Aires.

5. Obras principales

"La Persona Humana". Buenos Aires, 1942 y 3a. ed. 1967.

"Aristóteles, Vida, Escritos, Doctrina", Buenos Aires 1944.

"Filosofía del Cristianismo", Bs. As. 1944.

"La Esencia de la Filosofía Tomista", Bs. As. 1946.

"Filosofar y vivir (La Esencia de la Filosofía)". Bs. As. 1948.

"Heidegger: el Existencialismo de la Angustia", Bs. As. 1948.

"Filosofía de la Religión", Bs. As. 1949.

"Plotino: El Alma, La Belleza y La Contemplación", Bs. As. 1950.

"Sartre: El Existencialismo del Absurdo", Bs. As. 1950.

"Diccionario Filosófico", (Codirector), Bs. As. 1954.

"Introducción a la Filosofía", Bs. As. 1954.

"Más allá del Existencialismo". Barcelona, 1958.

"Libertad y Cultura". Bs. As. 1958.

"Tres lecciones de Metafísica Insistencial", Barcelona, 1961.

"Vida y Educación en los Países Comunistas". Bs. As. 1964.

"Filosofía y Mística Yoga", Buenos Aires, 1967.

"Filosofía Budista", Bs. As. 1968.

“Persona y Sociedad, hoy”. Bs. As. 1970.

“Introducción a Teilhard de Chardin”, Bs. As. 1975.

“El Hombre y la evolución según Aurobindo y Teilhard”, Bs. As. 1976.

“Antropología Filosófica Insistencial”, Bs. As. 197a

“Filosofía de lo Femenino”, Bs. As. 1978.

Actualmente la Ed. Depalma comienza a editar sus Obras Completas.